

SEMANA SANTA EN VALLADOLID: EL IMAGINARIO COLECTIVO A TRAVÉS DE LA FOTOGRAFÍA DE PRENSA EN LOS AÑOS 60

Nieves Sánchez Garre
Alejandro Rebollo Matías

Universidad Europea Miguel de Cervantes de Valladolid
Fundación Gabarrón

*Abrid paso al Señor porque oferente atrapa nuestra luz entre sus manos,
contagiando de sol los meridianos con los destellos de su limpia frente.
Abrid paso al Señor que inmensamente puro se entregará por los humanos,
cual trigal en sazón de los veranos, maduro y abismal. Luz trascendente.
Dejad paso a Jesús que en su Esperanza, camina con premura hacia la
espiga que, transformada en Pan con su alabanza, se convierte en
su Cuerpo... y no se diga que cerramos su paso cuando avanza como dulce
rumor de una cantiga...*

Godofredo Garabito y Gregorio

Introducción

En un contexto cada vez más globalizado, el conocimiento de nuestra realidad social y cultural desempeña un papel esencial en la interpretación del imaginario colectivo. En todo el orbe cristiano, la celebración de la Pascua o Misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo ha influido de manera relevante en todas las manifestaciones culturales y sociales. La Semana Santa en Valladolid dentro de las celebraciones religiosas de Castilla y León ha tenido siempre una importancia histórica en esta Comunidad.

Existe una literatura especializada, publicaciones y medios de comunicación que han destacado la Semana Santa, en sus dimensiones religiosa, antropológica y social, política, artística y cultural. La fotografía, por su parte, permite comprender una época histórica concreta ya que su principal característica es su capacidad de producir y difundir significado. Pero los significados de las fotografías no están condicionados ni

limitados por las propias imágenes; el significado se reproduce continuamente dentro de los contextos en los que estas imágenes aparecen. En este sentido, Roman Gubern (1987: 77) sostiene que *la fotografía ejecuta generalmente dos funciones: una, la de la memoria propia de la producción mimética (individual o colectiva), que a través de la difusión de la imagen permite a otros sujetos compartir la experiencia visual de un autor. Y, una segunda, en donde el fotógrafo pone el énfasis en la capacidad de su tecnología como medio de expresión, aproximándose a la función del pintor*. Podemos además, afirmar (Francastel, 1965) que, frente al lenguaje, la imagen se presenta en tres niveles: *lo real, lo percibido, lo imaginado*. Ello es la base del *objeto figurativo* (correspondiente al nivel de lo percibido) y el *signo artístico* (lo imaginado). En Valladolid, a lo largo del s. XVI y XVII, se desarrolla una actividad artístico-religiosa que culmina en la espectacularidad de la Semana Santa barroca que ha llegado a nuestros días. Es lo que podemos denominar un pensamiento socializado, que se hace cultura y cuyo resultado final es la *imagen*. De la misma forma, la celebración de la Semana Santa en los años 60 del tardofranquismo en una sociedad sacralizada y jerarquizada, tendrá como resultado una *imagen*, a través de la fotografía de prensa, que recoge, a pesar de las transformaciones y connotaciones que el paso del tiempo lleva consigo, la tradición religiosa de un pueblo y su imaginario colectivo. Es pues fundamental definir las imágenes que son comunicables de individuo a individuo, que conforman ese imaginario y revelan tanto las leyes inmutables del espíritu como las leyes de la imagen convertida en objeto figurativo/objeto de civilización (**fig. 1**).

Se tratará de identificar y evaluar el contenido formal y simbólico del material fotográfico y documental de la Semana Santa vallisoletana referido a la España franquista de los años 60, a través de las imágenes del fondo fotográfico de la Asociación de la Prensa de Valladolid, reproducido en los diarios desaparecidos, la *Hoja del Lunes* y el *Diario Regional*. La fotografía cobra así un protagonismo que hasta ahora no se había tenido en cuenta en la debida proporción como documento válido para el estudio de la Semana Santa. En definitiva, son un reflejo con valor histórico de acontecimientos del pasado que se hacen presentes cada Semana Santa en nuestra tierra, dentro del acervo y tradiciones comunes de generaciones que tuvieron su expresión genuina en las tallas de los imagineros y que se revive todos los años a través de la celebración de la Semana Santa..

Debemos detenernos un momento en una secuencia lógica para entender el proceso que subyace en el imaginario a través de las siguientes palabras clave: **Talla /**

icono religioso (obra artístico-religiosa digna de ser apreciada gracias a artistas excepcionales como Gregorio Fernández); **Desfile procesional** (celebración de la Pasión por el pueblo cristiano); **Cofradías** (participantes con hábitos, hachones, “pasos” y andas, música, flores y cánticos); **Pueblo fiel** (espectadores activos); **Escenografía y soporte** (calles y plazas de la ciudad); **Autoridades** (eclesiásticas, civiles y militares) **Comunicación** (prensa, carteles, televisión); **Memoria fotográfica** (imágenes conservadas en fondos de archivo públicos y privados). Esta misma secuencia lógica se repite en el reportaje fotográfico que recogemos en esos años en la prensa local como foto documento, que siempre debía aparecer en la narración-filmación de la Semana Santa y que constituirán el sustrato de esa memoria colectiva de los años sesenta en Valladolid.

Diario regional y hoja del lunes de Valladolid

En España en los años sesenta las fotos oficiales debían respetar varios requisitos: nunca mostrar a la persona en un momento que pudiera “desprestigiarla”, realizarla a través de contrapicados o mediante la selección de una correcta iluminación, y dar la impresión de que era la persona central, no sólo de la imagen, sino también de la noticia. Los fotógrafos nos han dejado innumerables anécdotas de su propio oficio y los teóricos de la fotografía, de la comunicación y de la imagen, se han encargado de diferenciar lo que es una fotografía periodística de *otro tipo de documento fotográfico*. Los medios de comunicación han contribuido a fijar, en imágenes fotográficas, un testimonio del presente que permanece “vivo” en los archivos. Es necesario interpretar e indagar en el pasado social, para analizar lo que conforma el imaginario colectivo, y recuperar por medio de imágenes fotográficas la memoria histórica y visual. En el caso concreto de la fotografía, al ser un medio “reciente” permite estudiar una época histórica concreta. Desde este enfoque, la principal característica de la fotografía es su capacidad de producir y difundir significado. Pero los significados de las fotografías no están condicionados ni limitados por las propias imágenes, porque el significado se reproduce continuamente dentro de los contextos en los que estas imágenes aparecen. Con este mismo argumento son importantes las aportaciones de autores de ámbitos diferentes de las ciencias de la comunicación y de la historia, como Doelker, Ferro, Tuchman, Verón y Veyne, entre otros.

En el estudio genealógico de las imágenes fotográficas en el siglo XX es importante lo que el “fotógrafo”, “el medio” y el “público” hicieron con esas

fotografías. Lo importante no es tanto desvelar el significado de las imágenes aisladas sino desvelar el diálogo entre todas ellas. La naturaleza de la fotografía depende de las instituciones y de los agentes que la definen y la ponen en funcionamiento. Para comprender la dimensión documental de la fotografía Félix del Valle establece tres modos de relación de la fotografía con el mundo: el simbólico, el epistémico y el estético. Parafraseando a del Valle, el modo epistémico se refiere a la función general de conocimiento y la fotografía cumpliría una función mediadora; el fotógrafo nos sustituye o mejor nos representa en el lugar del hecho, es nuestros ojos e incorpora lo vivido a nuestra memoria. Esta función de conocimiento y mediación es especialmente significativa en la fotografía documental, en la fotografía de prensa o en la fotografía científica (Sánchez y Val, 2007: 33-34). Como afirman Sánchez y Arráez (2007:50), indagar sobre las páginas del *Diario Regional* y la *Hoja del Lunes* de Valladolid durante el tardofranquismo, permite descubrir el pensamiento de quienes, de algún modo, fueron protagonistas de su época. *Investigar sobre historia de la prensa viene a ser indagar sobre el modo en que los hombres percibieron parte de su vida, tratar de descubrir la conciencia que tuvieron de su tiempo aquellos que –al menos en teoría– hicieron gala de un mayor afán de conocer la actualidad y de transmitir a sus coetáneos sus impresiones en torno a ella* (Pérez López, 1994: 16). En 1964 el mercado de la prensa en la ciudad del Pisuegra, se concentraba en dos tercios de lectores para *El Norte de Castilla* (fundado en 1856 y que aún pervive), un cuarto para *Diario Regional* (1908) que sería el segundo periódico más importante de la ciudad en este siglo, y una décima parte para el periódico *Libertad* (1931). La *Hoja del Lunes* de Valladolid, que ya se editaba a principios del s. XX y que desapareció durante la Guerra Civil española, resurgió en 1958 tras una Orden Ministerial de 1955. Entonces, se decidió que las Asociaciones de la Prensa pudieran cubrir ese vacío que se producía los lunes y una vez a la semana facilitar el descanso semanal de los trabajadores de prensa. Sirvió como medio de expresión para los profesionales y estaba avalada por la Asociación de la Prensa de Valladolid. Se trataba de un medio que salía un día a la semana (los lunes) porque los demás rotativos cerraban (Sánchez y Arráez, 2007: 46).

La Semana Santa vallisoletana en los años sesenta

La Semana Santa vallisoletana representa una experiencia de años y religiosidad. La Iglesia vivió desde los años sesenta un importante cambio originado por el Concilio Vaticano II que generó un giro copernicano en la celebración litúrgica de la Semana

Santa mucho más cercana al pueblo fiel que en solemnidades pasadas. Ello implicaba dentro de la tradición un modo diferente de vivir los días de Pasión por parte de la población que residió habitualmente en Valladolid. Sin embargo, la Semana Santa vallisoletana, no fue ajena a pesar de su tradición en un régimen oficialmente católico, a los cambios de mentalidades que produjo una sociedad cada vez más secularizada y plural (Burrieza 2004: 163). Se abandonaba progresivamente el luto oficial, cuando lo habitual, desde la tarde del Jueves Santo al Sábado Santo, era el cierre de locales de ocio, cines, y el apagar las luces de los comercios por las calles donde iba a pasar la procesión. El abandono progresivo de esta norma social conllevará que se pierda gran parte de la magia de la celebración (Caro Baroja, 1974: 22). El exclusivo ambiente de penitencia que debían tener estos días llevaba a minimizar las salidas de la ciudad por motivos vacacionales ya en boga, o la celebración de espectáculos más o menos religiosos, que podían distraer tanto a vallisoletanos como a forasteros. Si por algo era ya entonces famosa, la Semana Santa de Valladolid, era en gran parte por la “austeridad y religiosidad” de las procesiones vallisoletanas. Toda la ciudad era una verdadera puesta en escena del luto por la muerte del Redentor (**fig. 1**).

En ese periodo, Valladolid se convertirá en el paradigma de ciudad temática en donde la Semana Santa conservaba las raíces genuinas de la celebración junto con una renovación moderna que rápidamente conectó con la sociedad de su época. Será la “Pasión según Fernández”, el hilo conductor de la representación de la imaginería barroca de “pasos” y tallas, a manera de un museo viviente de una calidad extraordinaria, cuya recuperación en años anteriores se mostraba ahora para disfrute de propios y extraños (García-Gutiérrez, 2000: 155) (**fig. 2**). En frase de D. Francisco de Cossío, uno de los fautores del futuro Museo Nacional de Escultura policromada, de donde proceden muchas de las tallas procesionales de la Semana Santa: *Quizás no hay en parte alguna del mundo una procesión más teatral que la de Valladolid. Una teatralidad fervorosa, pero en su desarrollo patética. Lo que importa es que, sin duda, en el mundo no existe cortejo procesional como éste. Solamente, el drama de la Pasión, en Valladolid se ha venido a transformar en misterio.*

Como ya manifestamos (Rebollo, 2001), hay que considerar la teatralidad de la Semana Santa en un escenario apropiado: *la calle Platerías, reconstruida tras el incendio de 1561, constituye el logro de la calle procesional por excelencia a la búsqueda del urbanismo barroco, sirviendo como telón de fondo la iglesia penitencial de la Vera Cruz, a modo de frons scena de un escenario colosal de raíz clásica. Calle y*

escenografía propician la apoteosis de la procesión de las Palmas que siempre ha concluido en este lugar y templo. Precisamente allí finalizaba su recorrido el pequeño “paso” de “la Borriquilla” al entrar por el arco triunfal de la iglesia penitencial, sede de la Cofradía. Sin duda, este es el “paso” más antiguo de la Semana Santa vallisoletana y posiblemente del mundo, obra del s.XVI, de un seguidor de Alonso Berruguete, realizado en papelón, material que se ha conservado indemne hasta nuestros días (Parrado, 2003:55). La narración evangélica de la entrada de Jesús en Jerusalén habla de la participación de los niños, y era tradicional en muchas ciudades españolas, que los niños acompañaran el “paso” con los cánticos del *Hosanna* al Hijo de David por las calles de su recorrido, amplificadas desde altavoces instalados a cierta altura. Serán así muchedumbre de colegiales y colegialas perfectamente uniformados, niños y niñas de Primera Comunión, los que desfilen con sus palmas desde la Catedral a la Plaza Mayor y hasta la Vera Cruz en la mañana del Domingo de Ramos.

El rasgo más distintivo de la Semana Santa de aquellos años lo constituye el papel de la mujer, convertida a lo sumo en *hermana de devoción* pero nunca cofrade. A su cargo estaba la preparación del adorno floral de altares, pasos y monumento del Jueves Santo. Su participación en los desfiles procesionales era única y exclusivamente como “Manolas” (**fig. 3**), así llamadas popularmente, pues se engalanaban tanto con peineta y mantilla española como vestido negro, largo o corto, portando el tradicional rosario y misal, en algún caso claveles. En aquellas fechas, –decía el Diario Regional en 1966: *en Jueves Santo grupos de jóvenes “casaderas” desfilaban por la calle para ir de iglesia a iglesia. Tuvieran novio o no, ese día formaban grupos, con el libro de misa y el rosario en las manos. Miradas fijas en rostros y garbo de nuestras muchachas, pero llenas de una honradez tremenda. Algún que otro piropo digno de agradecimiento, porque lo que se decía era algo que estaba en consonancia con la mejor de las educaciones* (Sánchez Garre, 2007: 104). Nunca mejor pudo captar el fotógrafo en una instantánea, la sombra de la Dolorosa de la Vera Cruz proyectada sobre las pesadas columnas del arco de entrada a la Penitencial (García Chico, 1962: 35) ante la atenta mirada de jóvenes “hermanas de devoción” vestidas esta vez de calle y portando velas.

La diferenciación de la mujer en las procesiones del tardofranquismo refleja así la imagen estándar de la viuda, joven o madura, que por mimetismo acomoda su luto al de la Virgen por la muerte de su Hijo. Hay que tener en cuenta que en esos años el desfilar “vestido de capuchón” o penitente en las procesiones de Semana Santa era un privilegio masculino. Ante la mirada de todos, su situación aparecía más como un anacronismo del

s.XIX o incluso de las fiestas religiosas en el barroco, a manera de “enlutadas” o “plañideras” por la muerte de Cristo.

Otro rasgo distintivo de la Semana Santa fue la música militar que acompañaba todas las procesiones. Era usual ver escuadras de soldados con banda de cornetas y tambores, como la que precedía cada año y escoltaba al paso de *Jesús entre los ladrones* de la Cofradía de las Siete Palabras, con motivo del Sermón del Viernes Santo. Por tradición la cofradía con sede en la Iglesia de Santiago llevaba siempre por escolta y banda de música al Regimiento de Aviación del aeródromo de Villanubla, que posee en dicha iglesia, una capilla dedicada a la patrona de Aviación: la Virgen de Loreto. Alguna vez se invitaba a otras bandas de música pertenecientes a otras armas o cuerpos: infantería, artillería, intendencia...Una cofradía que siempre llevaba este acompañamiento era la del *Santo Cristo de los Artilleros*, que procesionaba una obra maestra de Gregorio Fernández, de 1624, perteneciente a la Iglesia Penitencial de la Santa Vera Cruz.

Emilio Zapatero en su pregón de Semana Santa (Zapatero, 1994) recuerda esos años sesenta y nos habla de otra tradición singular como era la liberación de un preso de la cárcel de la ciudad en la tarde del Jueves Santo durante la procesión de Penitencia y Caridad : *En ella, el impresionante Cristo del Perdón y la Quinta Angustia de Gregorio Fernández, escoltados por sus cofradías hacían estación primero en el antiguo hospital provincial donde se impetraba la salud de los enfermos y las imágenes sagradas volvían sus rostros hacia la fachada principal. Era emocionante y patético ver a los enfermos en las ventanas implorando su curación al médico de las almas...expresión de una fe, sencilla quizá, pero sin límites. La segunda parada tenía lugar en la cárcel – procesión de la cárcel la llamaba la gente- cantando perdón: Oh Dios mío, perdón e indulgencia...lo que llenaba de un nudo en la garganta a los presentes. Luego se ponía en libertad a un preso que vestido con el hábito de la cofradía del Santísimo Cristo del Perdón, única que tenía el privilegio de liberar un reo en tal día, alimentarle, vestirle y buscarle empleo, empujaba luego el paso junto con los demás cofrades.*

Sin embargo, un arma de doble filo pugnaba por ganar a la tradición: dejando de lado los aspectos espirituales se buscaba la atracción turística del evento, por parte de las propias administraciones: estatal, provincial y local, pues la afluencia de turistas llegó a ser comparable en esos años a las más afamadas de Sevilla. Desde la alcaldía vallisoletana junto con los agentes turísticos y la hotelería se potenciaba la oferta cultural de interior de la Semana Santa de Valladolid. Será a partir de 1960, en Madrid,

y luego en París, cuando se recurra a exposiciones con maquetas de la procesión general del Viernes Santo, hábitos de cofradías e insignias y grandes fotografías y carteles promocionales (Burrieza, 2004:166); así como a las tallas de los principales imagineros como Gregorio Fernández o Juan de Juni .

Es a partir de entonces cuando se declarará la Semana Santa como de interés turístico internacional. La retransmisión en directo de TVE a toda España de las procesiones de la Semana Santa vallisoletana comenzará en 1963 con el Sermón de las Siete Palabras en la Plaza Mayor, y al año siguiente de sus procesiones, destacando la Procesión General de la Pasión en la noche del Viernes Santo (**fig. 5**). Dentro de esta promoción se incluirá como algo relevante el pregón de la Semana Santa, semanas antes de la propia celebración, aunque esta vez desde las coordenadas más altas de la intelectualidad, la cultura y las artes, la prensa y la comunicación (Burrieza, 2004:157). Pronunciado cada año por escritores, académicos e historiadores, periodistas y artistas, políticos, arzobispos...por regla general estrechamente ligados a Valladolid: desde Martín Abril y Martín Descalzo a Godofredo Garabito, Julián Marías, Luis Suárez, Enciso Recio, Martín González...hasta llegar a monseñores como Delicado Baeza o Marcelo González.

Será Ramón Ferreiro en el pregón de 1960 (Río,1984: 159-160) quien diga: ... *Me conmueve y llena de honor, repito, ser hoyregonero de la ciudad, de esta noble y querida ciudad, que toda ella, a través de la historia, ha sido un constante pregón de fe católica, de amor a la Patria, y de unidad espiritual de los hombres. ¡Qué grato y qué halagador para mí llevar por unos instantes la voz pública de Valladolid, cuyoregonero tantas veces fue oído en todos los lugares de España y hasta los últimos rincones del mundo!... Quisiera yo formular mi cálido elogio de la Semana Santa vallisoletana,...cuyo drama terrible Valladolid evoca con tanto realismo en sus grandiosas procesiones, en sus inigualables “pasos”, en sus esculturas, verdaderamente impresionantes. Para Martín Descalzo, en cambio, otro insigneregonero sacerdote y periodista: los verdaderos protagonistas de la Semana Santa de Valladolid no eran los pasos de Gregorio Fernández o de Juan de Juni, sino las gentes que en las procesiones les rodeaban...En medio de la procesión tras el paso imponente de Jesús entre los ladrones mis ojos no se iban ya hacia los cristos de palo sino hacia los cristos de carne que contemplaban la procesión a derecha e izquierda de las calles. Esta es la Semana Santa que importa. La otra es sólo el medio que puede hacer vibrar a los corazones y despertar las conciencias. De niño yo estaba seguro de que nuestra*

Semana Santa era la más hermosa de todas las del mundo. De cura descubrí que sólo Dios, conocedor de los corazones, podía saber que Semana Santa es en realidad mejor (Rodríguez, 1998).

Pero quizá sea Marcelo González (1955: 24-25), por entonces canónigo de la Catedral y más tarde cardenal primado, quien mejor refleje la situación colectiva de los vallisoletanos ante un solemne Viernes Santo: *El Viernes Santo de Valladolid en nuestros días es un prodigio de estética del sentimiento cristiano. Se ha dicho con harta frecuencia que la Religión de Jesús era triste y sombría, y que obliga a hombres a caminar por un paisaje de tumbas y cipreses. Que vengan los que así hablan a Valladolid, el Viernes Santo. Verán a un pueblo enfrentado con la idea del pecado y de la muerte, lleno de gozosa serenidad, de humilde contricción, de clara valentía. De ese Viernes Santo saca fuerzas media Castilla... Es el Sermón de las Siete Palabras, al aire libre, en la Plaza Mayor, fuera de todo estrecho recinto, como si quisiera conectar directamente con el cielo de Jerusalén. Millares y millares de hombres (y mujeres), quietos, o deambulando por las calles adyacentes, exactamente igual que entonces, escuchando las últimas palabras de Jesús. Ese espectáculo de la Plaza Mayor, siendo antiguo como la Edad Media, tiene un no se qué de moderno, de terriblemente moderno, como hecho para una época que tanto gusta de las Asambleas mundiales, las cuales suelen terminar en el fracaso porque falta en ellas la voz de Jesucristo.*

El Sermón de las Siete Palabras de Cristo en la Cruz al mediodía del Viernes Santo en la Plaza Mayor de Valladolid se celebrará como un magno espectáculo con la presencia de autoridades, cofradías y pueblo fiel. La escenografía recuerda los famosos autos de fe contrarreformistas celebrados durante siglos en la Plaza (Martín González, 1950: 111) (**fig. 1**). Como diría Ferreiro, antiguo alcalde de Valladolid: *Valladolid convertido en templo y museo, piedad y arte unidos, en el silencio, te espera.* El Sermón de la Pasión, ante predicadores afamados en cada ocasión, en un frente engalanado con tapices, telas negras y escudos, lo presidía, antes como ahora, el gigantesco “paso” de “Jesús entre los ladrones”, obra de Pompeyo Leoni y Gregorio Fernández; o también: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*, última palabra de los siete pasos que procesionaba la Cofradía de las Siete Palabras. Este para su traslado, dado su tamaño, necesitaba siempre de una cuadrilla de personas que empujaran el paso debajo de su plataforma cubierta con ricas telas hasta el suelo para ocultar ruedas y porteadores. Antes precediendo al Sermón en la Plaza Mayor, en la mañana del Viernes, desde las 8 de la mañana hasta las 12 del mediodía se leerá el pregón a caballo por toda

la ciudad por parte del pregonero designado y acompañado de cofrades de las Siete Palabras encapuchados sobre caballos blancos y banda de trompetas y timbales (**fig. 4**). Llamaba mucho la atención a los turistas extranjeros y foráneos esta comitiva a caballo de encapuchados.

Marcelo González (1955: 26-28) nuevamente nos hace una narración viva de lo que ocurría ininterrumpidamente, cada año por la tarde-noche, en la Procesión General del Viernes Santo: *Y por fin, tras unas pocas horas de descanso, empieza el incesante ir y venir de los cofrades por las calles llevando túnicas y capirotos sobre el brazo. Sus hijos pequeños les han visto salir de casa y les han dado un beso con un poco de extrañeza. Se acerca el gran momento. Los “pasos” van saliendo a las puertas de las iglesias. Asoman ya las primeras carrozas por Cantarranas. Las aceras son un hervidero de niños y de mujeres que no se sabe de dónde salen. Están atestados balcones, puertas y ventanas. En las tribunas de la Plaza Mayor, embajadores, ministros, académicos, turistas de Suecia, de Norteamérica, de Japón, de Australia, de Africa del Sur...El crepúsculo. Es la hora. Llega el arzobispo. Comienza el desfile.* (Fig 5). En la *Hoja del Lunes* se puede leer: *en la tribuna presidencial del Ayuntamiento, con nuestras primeras autoridades, presenciaron, con incontenida emoción el desfile procesional, los Príncipes de España, quienes hicieron partícipe al alcalde, don Martín Santos Romero, de la profunda impresión que se llevaban, por el arte contenido en la procesión y por la piadosa participación de los vallisoletanos* (Sánchez Garre, 2007:122).

Habrà que recordar en este punto -como rememora aquellos años Emilio Zapatero (1994)-, *que desde bien pronto por la mañana, ya estaban las calles por donde había de pasar la magna procesión, cubiertas de sillas y taburetes de toda clase y condición que los vecinos colocaban en las primeras filas de las aceras, unidos con cuerdas y al cuidado de la chiquillería que se entretenía jugando en la calzada –no circulaban ese día los coches-, leyendo tebeos y comiendo pipas de girasol. De pronto, allá por las ocho y media o las nueve de la noche, en la calle de Santiago, alguien decía: ¡Ya vienen! Ya vienen! Se empezaban a oír lejanas notas de trompetas y tambores. A veces, la amenaza de lluvia, si no había escampado, ponía en peligro la salida de la procesión general del Viernes Santo, como fué frecuente algunos años, incrementándose entonces las rogativas en los templos de las cofradías para evitar lo inevitable; pues de lo contrario, ante el peligro de aguacero sobre las impresionantes tallas y grupos escultóricos del barroco castellano, no saldrían los “pasos” en el día grande en que la*

afluencia de gentes desbordaba la ciudad. Para estas circunstancias adversas se disponía de plásticos impermeables en caso de imprevistos pero se deslucía bastante el cortejo procesional y si continuaba arreciando la lluvia se suspendía la procesión, formándose entonces un desbarajuste general de público con sus sillas sobre las cabezas, y penitentes y “pasos” por otro, despejando a toda prisa el escenario de calles y plazas.

Un protagonista veterano como Godofredo Garabito y Gregorio, poeta, académico y estudioso vallisoletano (2008:19), pregonero que fue de la Semana Santa, lo ha resumido magistralmente en un poema del Viernes Santo en la Plaza Mayor de Valladolid: *Todo está consumado. Es primavera. Entregada en total está mi vida, en el costado abierto está la herida como surco de amor en paramera. Que mi evangelio sea sementera. Cuajado de esperanza sin medida. En este Viernes Santo en mi partida. Cuando el velo del templo el sol le hiera.*

Y por fin, llega el Domingo de Resurrección culminando la Semana Santa con la procesión del encuentro de Jesús Resucitado y su madre María Santísima de la Alegría en la Plaza Mayor. La procesión reflejaba así el momento más alegre del encuentro con la suelta de palomas ante autoridades, cofradías y pueblo vallisoletano que llenaba la Plaza hasta el fondo de los soportales. Una vez terminados los actos de la Semana Santa, el mismo Sábado Santo o por Pascua de Resurrección era habitual ver trasladar los Cristos a sus lugares de origen en capillas y parroquias, como era el caso del Cristo de Francisco del Rincón, copia del “Cristo de los Carboneros” del mismo autor, que procesionaba con el paso *Madre ahí tienes a tu hijo* de la cofradía de las Siete Palabras y que se devolvía todos los años a su capilla en la Parroquia de la Magdalena por cofrades y cirineos ocasionales. Algo que sorprendería en nuestra época, verlo pasar, era cosa común en esos años pues no existía tanta preocupación por el cuidado, restauración o seguridad de la talla ante posibles desgracias.

Como conclusión, podemos afirmar que la fotografía de época ha plasmado el principio y el fin de todo un poema épico, silencioso, trágico, admirable de la Semana Santa que ha emocionado a los protagonistas retratados. Las cofradías penitenciales activas en la Semana Santa vallisoletana, los “pasos” procesionales y el pueblo que participaba en este evento cíclico -que se renueva como la primavera- pueden explicar lo que representa para ellos un documento fotográfico que irrumpe en la memoria colectiva compartida por generaciones. Hay que tener en cuenta que las personas que participaron en estos acontecimientos, hoy día son parte importante de la población activa. Sólo desde la mirada que produce el documento fotográfico en nuestra retina

podemos llegar a la recuperación del imaginario social para todos aquellos que lo vivieron de cerca. Se redescubre el mundo de la fotografía mediante la recuperación, reutilización y difusión, consiguiendo así que esta reutilización cree nuevo conocimiento y nuevos significados.



Figura 1. AMV. F00564-011. Sermón del Viernes Santo en la Plaza Mayor de Valladolid.

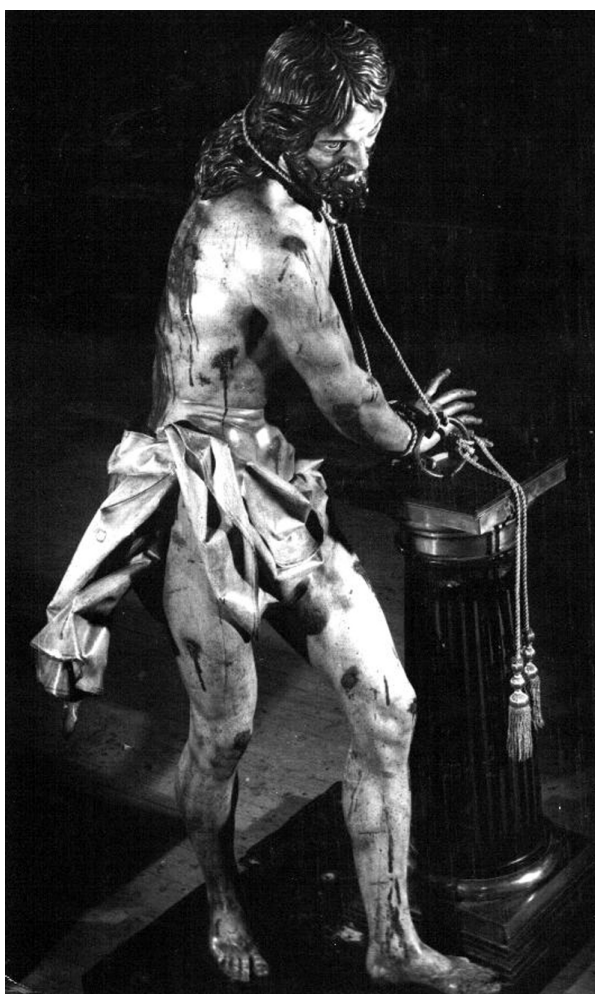


Figura 2. AMV. AUX 00316-052. Cristo atado a la Columna. Gregorio Fernández.



Figura 3. AMV F - 00562-066. Manolas de la Cofradía de las Siete Palabras al término del Sermón del Viernes Santo en la Plaza Mayor.



Figura 4. AMV AUX 00109-001. Pregonero a caballo del Sermón de las Siete Palabras.



Figura 5. AMV F 00253-001. La cámara de televisión enfoca al Cristo de la Preciosísima Sangre ante la fachada de San Pablo de Valladolid.

ARCHIVO MUNICIPAL DE VALLADOLID. Documentos fotográficos procedentes de la Asociación de la Prensa de Valladolid.

BIBLIOGRAFÍA

AGAPITO Y REVILLA, J. (1925), *Las cofradías, las procesiones y los pasos de la Semana Santa en Valladolid*, Valladolid.

ARNHEIM, R. (1979), *Arte y percepción visual*, Madrid.

BONET CORREA, A. (1979), “La fiesta barroca como práctica del poder”, *Diwan: especial barroco n°s 5 y 6*, Zaragoza.

BURRIEZA, J. (2004), *Cinco siglos de cofradías y procesiones. Historia de la Semana Santa en Valladolid*, Valladolid.

CARO BAROJA, J. (1974), *Teatro popular y magia*, Madrid.

DOELKER, chr (1982), *La realidad manipulada, radio, tv, cine, prensa*, Barcelona.

ELIADE, M. (1981), *Tratado de historia de las religiones. Morfología y dinámica de lo sagrado*, Madrid.

FRANCASTEL, P. (1965), *La realidad figurativa*, Madrid.

FREEDBERG, D. (1992), *El poder de las Imágenes*, Madrid.

GARABITO GREGORIO, G. (2008), *Auras de redentoras palabras*, Valladolid.

GARCÍA CHICO, E. (1962), *La Cofradía Penitencial de la Santa Vera Cruz*, Valladolid.

GARCIA DE WATTEMBERG, E. (1986), *Gregorio Fernández y la Semana Santa de Valladolid*, Valladolid.

GARCÍA-GUTIÉRREZ CAÑAS, M. (2000), *Esplendor, ocaso y resurrección: las Procesiones Vallisoletanas de Semana Santa, siglos XVI al XX*, Valladolid.

GOMBRICH, E. H. (1983), *Imágenes simbólicas*, Madrid.

GONZALEZ, M. (1955), *Pregón de Semana Santa...*, Valladolid.

MARTÍ Y MONSO, J. (1901), *Estudios Histórico-Artísticos...*, Valladolid.

MARTÍN GONZÁLEZ, J.J. (1950), “Anotaciones sobre la Plaza Mayor de Valladolid”. *BSEAA, t. XVI*, Universidad de Valladolid, p.111 y ss.

MARTÍN GONZÁLEZ, J.J. (1993), *El arte procesional del barroco*, Madrid.

PARRADO, J.M. (2003), “El Paso de la Borriquilla”. *Catál.Expo El Arbol de la Vida. Las Edades del Hombre*, Valladolid, pp. 55-57.

PÉREZ LÓPEZ, P. (1994), *Católicos, política e información. Diario Regional de Valladolid, 1931-1980*, Valladolid.

PINHEIRO DA VEIGA, T. (1973), *La Fastiginia o Fastos geniales. (1601)*, Valladolid.

REBOLLO, A. – MINGO, L. (1995), *La calle Platerías y la Vera Cruz en el urbanismo histórico vallisoletano*, (conferencia), Valladolid.

- REBOLLO, A. – MINGO, L.(2001), *El paso de El Descendimiento de Gregorio Fernández en la escenografía barroca de la calle Platerías*, (conferencia), Valladolid.
- RIO, E. del (comp.) (1984), *Pregones de Semana Santa Valladolid: 1948-1984*, Valladolid..
- RODRIGUEZ, Q.(1998), *Pregón de Semana Santa*, Valladolid.
- SÁNCHEZ GARRE, N. (2007), *Ocho alcaldes ocho miradas. Valladolid, 1961-1984*, Valladolid.
- TUCHMAN, G. (1983), *La producción de la noticia. Estudios sobre la construcción de la realidad*, Barcelona.
- URREA FERNÁNDEZ, J. (1999), *Gregorio Fernández, 1576-1636*, Madrid.
- VALLE, F. del, “Dimensión documental de la fotografía”. [en línea]. www.fcif.net/estética/dimensionfotografia.htm, [Consulta, 16/10/2006].
- VERÓN, E. (1983), *Construir el acontecimiento*, Buenos Aires.
- VEYNE, P. (1983), *Comment on écrit L’histoire*, París.
- VV.AA. (1996), *Cine y Semana Santa en Valladolid 1941-1961*, Valladolid.